

## CAPITULO XCVII.

Campana contra los moriscos. — Resolucion de estos. — El fraile Cristóbal de Molina. — Orgiva es socorrida por los cristianos. —

Disidencias entre Aben-Humeya y sus parientes.

ANTES de pasar á ocuparnos de los acontecimientos, importantes todos ellos, que tuvieron lugar en los dominios españoles, tanto en el espacio que hemos recorrido en los dos anteriores capítulos como durante toda la insurreccion de los moriscos, para no fatigar al lector, dejaremos terminada esta, y sucesivamente iremos recorriendo la guerra de Flandes y los incidentes ocurridos en el interior del reino; incidentes que constituyen las páginas mas sombrías del reinado que estamos historiando.

Aun cuando las dos guerras, la de Flandes y la de los moriscos, reconocian, por decirlo así, una misma causa, variaban por completo en sus incidentes, por efecto de las distintas condiciones de localidad, de usos y de costumbres.

«Los moriscos, — dice el historiador Lafuente, — habitando la parte mas montañosa y áspera del reino de Granada, rústicos é inciviles los mas, divididos en grupos de los pequeños pueblos llamados tahas, sin una ciudad ni una plaza fuerte, sin ejército organizado, tan valientes y feroces como fanáticos por los ritos de su antiguo culto, irritados como los leones en sus cuevas con la opresion y los malos tratamientos de los cristianos, la guerra que estos hombres hicieran necesariamente había de ser, como lo fue, una lucha de esfuerzos parciales, de asaltos y sorpresas, de rústicos é improvisados atrincheramientos, de acometidas y defensas heroicas y feroces, de incendio, de saqueo y de asesinato, guerra, en fin, de montaña, y lo que en nuestra vecina nacion llamarian de brigandaje, como lo había empezado á ser. Mas no por eso dejó de ser fecunda y variada en notables accidentes, que los historiadores de aquel tiempo y que se hallaron en ella nos han trasmitido, á los cuales nosotros no podemos seguir por no ser de nuestro objeto, en sus diarios lances y pormenores, bien que en ellos figuran personajes y generales de gran cuenta, algunos de los cuales ganaron no poca reputacion y lauro, y fue el principio de sus grandes glorias militares (1).»

Dijimos ya que el marqués de Mondéjar al frente de su corta pero valerosa hueste, había llegado al Padul, desde donde, tras un breve descanso, iba á dar comienzo á sus operaciones contra los rebeldes.

Principiaba el año de 1569, y el frío, que se dejaba sentir con extraordinaria crudeza, era un enemigo bastante formidable, especialmente para un país quebrado, lleno de altos y escarpados riscos y de sierras cubiertas de nieve.

Mas este obstáculo no fue bastante á contener á los soldados del Marqués, que inmediatamente dieron comienzo á la campana.

El morisco Miguel de Granada, el Jabá, al frente de un peloton de monjes, sorprendió una noche la vanguardia que el Marqués tenía en Durcal, hiriendo de un flechazo al capitán Lorenzo Dávila. Peleando en primera fila y alentando á los soldados hallábase cuatro frailes franciscanos y cuatro jesuitas, imprimiéndose así desde los primeros momentos un carácter religioso á esta guerra, carácter especial preñado de dificultades, que había de ejercer una gran influencia en ella.

Terrible noche podía haber sido esta para los cristianos, tanto por la oscuridad y falta de práctica en el terreno, cuanto por el número y la fiereza de los acometedores, á no ser porque un ardid del Marqués, no solo consiguió detener los progresos de sus contrarios, sino ponerlos en fuga, y reforzado despues con nuevas milicias de varias villas que, como en pasados tiempos, aprestaban cada una su contingente para librarse del peligro comun, pudo tomar mas resueltamente la ofensiva.

Para proporcionarse mantenimientos, habían de enviársele al Marqués desde Granada, y su hijo el conde de Tendilla hizo una subdivision entre todos los lugares de la vega, por medio de la cual, cada dia de la semana un cierto número de ellos había de contribuir con diez mil panes de á dos libras para el ejército.

También ordenó el Conde que todos los caballeros y soldados que en Granada iban reuniéndose para asistir á la guerra, fueran alojados en las casas de los moriscos y mantenidos por estos, medida que, si bien produjo al Estado un ahorro de consideracion, aumentó los enemigos, puesto que los desmanes y licencia de la soldadesca eran difíciles de reprimir, y las reclamaciones y protestas de los moriscos, que tan pesada carga sufrían, no eran escuchadas (2).

Tres mil quinientos hombres, mejor ó peor armados, pero bravos y resueltos, había reunido junto á sí Aben-Humeya en la Alpujarra, y el marqués de Mondéjar, ansioso de medir sus fuerzas con el improvisado monarca, levantó su campo penetrando resueltamente por aquellas asperezas.

El puente de Tablate, que había de franquearles el paso para llegar al sitio en que se hallaba Aben-Humeya, había sido cortado por los infieles, y en su lugar colocaron algunos carcomidos y mal seguros tablonces, que si bien podían sostener el peso de una persona, desde el momento en que cargasen sobre él mayor número se hundiría arrastrando consigo al horrible abismo cuantos soldados trataran de pasarle.

(1) Lafuente, *Historia de España*, part. III, lib. II.

(2) Mendoza, *Guerra de Granada*. — Mármol, *Rebelion de los moriscos*, lib. V, capítulos II al IX.

Ante este peligro detúvose la hueste del Marqués, y los moriscos desde la opuesta orilla contemplaban gozosamente el buen éxito de su traza, puesto que nadie creía pudieran atreverse á cruzar sobre tan frágil puente.

Mas como dice un moderno historiador, «no contaban con el ánimo que infunde el espíritu religioso.» Al ver la indecision de los soldados Fr. Cristóbal de Molina, fraile franciscano que iba con otros varios en la hueste, como ya hemos dicho, mientras que los arcabuceros y la artillería de Mondéjar procuraban alejar de la otra orilla á los enemigos, remangado el hábito, con la rodela á la espalda, una espada en la derecha mano y un Crucifijo en la izquierda, lanzóse audazmente sobre los carcomidos maderos que se cimbrean y crujen bajo su planta.

Semejante ejemplo infunde tanto valor en los cristianos como espanto en los infieles, y mientras estos retrocedían, aquellos cruzan el puente en número bastante, á pesar de haberse despeñado algunos, para cargar á sus contrarios, que, considerándose perdidos, pusieron en precipitada fuga, buscando en sus breñales defensa mas segura que la que pensaron había de proporcionarles el cortado puente.

El marqués de Mondéjar repúsole de nuevo, y dejando confiada su guarda á la compañía de Porcuna, siguió por el collado de Lanjarón á socorrer á la guarnicion de Orgiva, que se hallaba en grave aprieto.

No nos permite la índole de nuestro trabajo seguir paso á paso todos los incidentes de aquella campana en que la sangre corría á torrentes, en que la violencia y el robo eran comunes á los dos bandos, en que la crueldad y la fiereza iban en porfía á las dos partes y donde la sangre de hoy provocaba la venganza de mañana, y los odios y las animosidades y las envidias cerraban la puerta á toda conciliacion.

El marqués de Mondéjar, á pesar de los escasos recursos de que podía disponer, usando tanto y tan bien de la espada como de la política, consiguió que Aben-Humeya y sus gentes se retirasen á lo mas fragoso de la sierra, rindiéndosele multitud de poblaciones y castillos.

Sobre dos mil mujeres moriscas y unos trescientos hombres había en el castillo de Jubiles cuando se pusieron á merced del Marqués, y este mandó que las mujeres se pusieran á seguro en la iglesia, mas como esta era insuficiente para que todas cupieran, mas de la mitad hubieron de quedarse fuera. Quiso la mala suerte de estas desdichadas que á la media noche uno de los soldados encargados de su guarda tratara de sacar á una de ellas violentamente para llevársela consigo; mas un moro que disfrazado de mujer, pariente ó amante de aquella, á su lado se encontraba, irritado por el desman del soldado, arráncale la espada, húndela dos veces en su cuerpo, y perdida ya la razon, buscando la muerte solo, lázase sobre los demás hiriendo y golpeando á diestro y siniestro en medio del mayor alboroto.

Alarmóse el campo; gritaron los cristianos que entre las mujeres había moros disfrazados, van acudiendo los soldados cristianos, crece la confusion, la ira toma fabulosas proporciones, ciega la pasion el entendimiento, las sombras de la noche producen mayores sombras en los mezquinos cerebros de la soldadesca, y entre denuestos y ayes de agonía, todas aquellas infelices mujeres que habían quedado fuera de la iglesia, murieron acuchilladas por los cristianos.

Hasta el dia duró la horrorosa carnicería sin que bastasen á evitarla los esfuerzos del Marqués, quien terriblemente irritado hizo ahorcar á tres de los que mas culpados aparecieron en el proceso que inmediatamente mandó formar.

Fácil es comprender que el deseo de venganza había de provocar nuevas escenas de sangre en el bando contrario, escenas que á todo trance procuraba evitar el Marqués, usando una conducta extremadamente política; pero que por quienes deseaban que la guerra se hiciese solo con el rigor, era motejada de benigna y tolerante.

Como quiera que por este tiempo estallara entre los parientes de Aben-Humeya, discordia nacida de los recelos y de las envidias que entre ellos existían, el Marqués supo diestramente aprovecharse de ellas, entrando en tratos con varios de ellos.

Diego Lopez Aben-Abó, primo hermano de Aben-Humeya, prestó obediencia, causando esto una irritacion extraordinaria en el Monarca, irritacion que se aumentó mucho mas al tener noticia de que su mismo suegro estaba en tratos con el Marqués, y aun mas, que tramaba una conspiracion contra él.

Ansioso de venganza consiguió que su suegro fuese á su casa, y una vez en ella, hizole asesinar y repudió á su hija.

Estos acontecimientos provocaron nuevas violencias, y la discordia cundía entre los infieles, prestando ancho campo al Marqués para ir ganando á varios de los principales caudillos.

Mas no por esto, como ya hemos indicado, dejaba el Marqués de emplear su fuerza; sus tropas hábilmente dirigidas ganaban sin cesar villas y castillos, ayudando poderosamente estas victorias á las negociaciones que entablaba.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO. 29.

PRISION DE LA FAMILIA DE ABEN-HUMEYA.

## CAPITULO XCVIII.

Rompimiento de las negociaciones con Aben-Humeya.—Excesivo rigor del Marqués.—Operaciones emprendidas por el marqués de los Velez en la parte de Almería.

HALLÁBASE en Paterna Aben-Humeya decidido á oponer una resistencia vigorosa á los soldados del marqués de Mondéjar, cuando este decidió llegar á una avenencia antes que haber de emplear la fuerza para reducir al rey de los moros.

Para este efecto, hizo que D. Alonso de Granada Venegas entrase en tratos con Aben-Humeya, y despues de varias comunicaciones ofreciéndole D. Alonso que el Marqués intercedería con el Monarca en su favor, mostróse dispuesto el infiel á someterse, pidiendo algun plazo, al objeto de ver si podía reducir á los suyos á que aceptasen aquel partido.

Seis mil hombres contaba el morisco á su lado en Paterna, y el Marqués, que aun cuando con lentitud no dejaba de proseguir sus operaciones, á fin de que estas influyesen tambien en el éxito de la negociacion, hizo adelantar el ala derecha de su hueste hasta cerca de Paterna.

Un escuadron de infieles que estaba por aquella parte púsose á escaramuzar con los cristianos, consiguiendo estos poner á aquellos en fuga precipitada.

Precisamente en estos momentos Aben-Humeya acababa de recibir una nueva comunicacion del Marqués referente á las negociaciones que proseguía, y al saber que sus soldados peleaban con los cristianos, que estos se hallaban tan cerca y que aquellos huían en precipitada fuga, sospechó que se le tendía un lazo; que solamente se le habia tratado de engañar, y arrojando lleno de ira la carta que tenía en la mano, montó á caballo, corriendo á refugiarse en la sierra como la mayoría de los suyos.

Los cristianos acuchillaban sin piedad á los que huían, y penetrando en la villa, cautivaron á la madre y hermanas de Aben-Humeya con gran número de mujeres moriscas, apoderándose de un inmenso botín, rescatando ciento cincuenta cristianas que tenían cautivas los infieles.

Este hecho tuvo lugar el 27 de enero de 1569, y dió lugar á nuevas murmuraciones entre la soldadesca y los partidarios del sistema de rigor, pues el Marqués, deseando ver si todavía Aben-Humeya se daba á partido, mandó hacer alto á su gente en un encinar, sin permitir que se siguiera al alcance del enemigo.

Pero ya el morisco despechado renunció á toda avenencia, y en lo mas áspero de la sierra procuraba reunir los restos de su dispersa hueste.

Mas el Marqués no quiso darle sobrado tiempo para ello. Si el dia anterior ordenó hacer alto por las consideraciones indicadas, al inmediato, sin que el rigor de la estacion le arredrase, marchó á la taha de Andarax, donde se hallaban gran número de fugitivos.

Sometiéronsele muchos, y á todos les dió seguro para sus casas y lugares, medida altamente diplomática y que estaba dándole tan excelentes resultados, como el de que en el corto espacio de un mes, uniendo la fuerza con la astucia y la política, habia conseguido dominar casi todas las tahas rebeldes, reduciendo al último extremo á Aben-Humeya, que dia por dia miraba disminuir el número de sus partidarios.

Pero los magistrados de Granada, que no podían perdonarle la competencia de jurisdiccion de que en otra parte hemos hablado, no cesaban de motejarle por su excesiva blandura.

Tales y tantas fueron las quejas, tan absurdas las especies que se propalaron, que el Marqués comprendió que era necesario dar un golpe seguro, y en su consecuencia, preparó desde Ujijar una expedicion á la tierra de Salobreña y Almuñecar, donde el fuerte peñon que se halla encima de Guajar el alto, servia de guarida inexpugnable á los moros, que diariamente se entregaban á algaradas contra los caminantes y cortijos de las inmediaciones.

Para este objeto, desembarazóse de todas las cautivas y demás gente inútil que fuera recogiendo en anteriores expediciones, y el dia 3 de febrero llegó á las Guajaras, donde se reunieron algunos refuerzos enviados por el conde de Tendilla.

Formidable era, efectivamente, la posicion que ocupaban los moros en el peñon situado en la cumbre de la montaña que se halla á media legua de Guajar el alto, y que, cercado de una roca tajada por la que se extiende, ascendiéndose por una vereda angosta y tortuosa, constituía, como ya hemos dicho, una posicion verdaderamente inexpugnable.

En estos términos describe un historiador la inexpugnable posicion que iba á atacar el marqués de Mondéjar:

«Este es un sitio fuerte en la cumbre de un monte redondo, exento y muy alto, cercado de todas partes de una Peña tajada, y tiene una sola vereda angosta y muy fragosa que va la cuesta arriba á dar á un peñoncete bajo; y de allí sube por una ladera yerta hasta dar en unas peñas altas, cuya aspereza concede la entrada en un llano capaz de cuatro mil hombres, que no tiene otra subida á la parte de Levante. A la de Poniente, está una cordillera ó cuchillo de sierra que procede de otra mayor, y hace una silla algo honda, por la cual, con igual dificultad, se sube á entrar en el llano por entre otras piedras, que no parece sino que fueron puestas á mano para defender la entrada, si humanos brazos fueran poderosos para hacerlo (1).»

(1) Luis del Mármol, *Rebelion y castigo de los moriscos*, lib. V, cap. XXIX.

Una noche D. Juan de Villaroel, mas dado á la gloria que dotado de la prudencia, tan necesaria en las empresas de guerra, quiso dar un asalto á aquel baluarte natural, sin tener en cuenta la oposicion que como experto y cauto capitán le hizo el de Mondéjar.

El resultado fue el que debía esperarse. Empeñáronse en la partida porcion de soldados cristianos; pero los moros en número de cuarenta, armados con piedras y chuzos, y bajo el mando de Marcos el Zamar, despues que hubieron dejado gastar las municiones á los cristianos, lanzáronse sobre ellos, y acuchillando á los unos y despeñando á los otros, quedaron victoriosos y sembrados, el barranco y las laderas contiguas, de cadáveres y de sangre cristiana.

Este desastre irritó mas á las gentes del Marqués, y dando este sus disposiciones, al cabo de pocos dias, por medio de un movimiento combinado, dióse comienzo al acceso de la formidable posicion.

Descargaban sus arcabuces los cristianos á la par que saltaban de Peña en Peña; respondíanles los moriscos con sus saetas, y las moriscas desplomando sobre ellos enormes piedras, siendo necesario que llegaran las sombras de la noche á envolver la montaña para que cesase tanta obstinacion y tanto derramamiento de sangre.

Sin embargo, los moriscos comprendieron que, sino al dia siguiente, al inmediato, llegarían los cristianos, vista su decision, y temerosos de caer en su poder, emprendieron la retirada á favor de la noche, descendiendo por aquellos horribles despeñaderos hácia la parte de las Albuñuelas, quedando solamente en el Peñon los ancianos y las mujeres, que creían tener mas segura su existencia fiándose de la piedad del vencedor.

Pero el marqués de Mondéjar, irritado tal vez por las acusaciones de que habia sido objeto por parte de los magistrados de Granada, y queriendo, sin duda, demostrarles que tambien sabia usar el rigor, mostróse inexorable con los vencidos, haciéndoles pasar á cuchillo, sin consideracion á sexo ni edad.

Asolado aquel fuerte, y despues de haber dado algun descanso á sus tropas, visitó los presidios de Almuñecar, Motril y Salobreña, y tomó la vuelta de Orgiva para continuar sus operaciones.

Entre tanto, el marqués de los Velez, á quien el presidente D. Pedro de Deza, por su enemistad con el de Mondéjar, habia ordenado que acudiera en socorro de las ciudades de Almería, Baza y Guadix, reuniendo á sus deudos y vasallos, y las milicias de Lorca, Caravaca, Cehejin, Mula y otros lugares, entróse por el reino de Granada, por la parte de Almería, y desde Huécija fue desalojando á los moros de las posiciones que ocupaban, recogiendo abundante botín, único incentivo de la mayoría de aquellos soldados, que tan luego como de él se apoderaban, desbandábanse por aquellas asperezas á gozar el fruto de sus rapiñas.

«El movimiento del marqués de los Velez,—dice un escritor moderno,—y su entrada en un reino en que no ejercia mando, fue mirada como una intrusion, y como origen de una funesta rivalidad entre los dos generales, si bien el presidente Deza y los partidarios del sistema de rigor y de exterminio ensalzaban al de los Velez, como hombre que no habia de admitir partidos de los herejes ni contentarse con reducirlos como el de Mondéjar, y en este sentido informaban al Rey y al Consejo. Así fue que el Monarca, sin considerar el inconveniente de la coexistencia de dos capitanes generales en una misma provincia, ni el agravio que de ello habia de recibir el marqués de Mondéjar, envió sus despachos al de los Velez mandándole acudir á la parte de Almería.»

Y como á aquellos satisfechos soldados de aventura, sucedíanles nuevos aventureros, consiguió reunir el de los Velez hasta ocho mil soldados, con los cuales, á pesar del rigor de la estacion, penetró por la sierra de Gador, alcanzando á los infieles en Filix, donde tuvo lugar una de las acciones mas sangrientas de toda esta guerra, quedando derrotados finalmente los moros, y cebándose de una manera horrible la desenfadada y licenciosa soldadesca con los desdichados vencidos, con las mujeres y con los niños, y desertando despues que hubieron recogido el cuantioso botín.

Respecto á este combate, lo describe en los términos siguientes el historiador Lafuente:

«La accion de Filix fue una de las mas sangrientas de esta campaña, porque los moros pelearon desesperadamente, y hasta las mujeres acometían con armas y piedras, y cuando mas no podían, arrojaban puñados de lodo á los ojos de los cristianos. Pero tuvieron que sucumbir al número y murieron en tres encuentros millares de moros, entre ellos los capitanes Tutey y el Tezi, sobre todo multitud de ancianos, mujeres y niños (fin de enero, 1569). Los soldados del marqués de los Velez hicieron despues de la victoria de Filix lo mismo que habian hecho despues del triunfo de Huécija, desertarse cargados de botín, y una vez que intentó el Marqués castigar un soldado de la compañía de Lorca, amotinóse toda la compañía, diciendo al General que tuviera entendido, que si castigaba á su paisano Palomares (que así se llamaba el soldado), habia tres mil hombres dispuestos á morir con él ó por él.»



D. JUAN DE AUSTRIA.